

# San Francisco Javier

3 de diciembre

Francisco Javier nació el 7 de abril en Javier (Navarra). Ya maestro de Filosofía y profesor en la Universidad de París, abandonó una prometedora carrera para seguir a Ignacio en la fundación de la Compañía de Jesús. Tras ser ordenado sacerdote, fue enviado como misionero a la India. Desde 1542 ejerció una inmensa actividad apostólica a lo largo de las costas de la India, en Malaca, en las islas Molucas (Indonesia) y en Japón. Murió el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Sanciano, frente a China, a donde quería entrar para llevar el Evangelio. El amor a Dios y el celo apostólico cualificaron su vida y le convirtieron en el mayor apóstol de los tiempos modernos. Es patrono de las misiones y modelo de los misioneros.

## LECTIO

### Primera lectura: 1 Corintios 9,16-19.22ss

Hermanos: <sup>16</sup> Porque anunciar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, ¡y pobre de mí si no anunciara el Evangelio! <sup>17</sup> Merecería recompensa si hiciera esto por propia iniciativa, pero si cumplo con un encargo que otro me ha confiado <sup>18</sup> ¿dónde está mi recompensa? Está en que, anunciando el Evangelio, lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización.

<sup>19</sup> Siendo como soy plenamente libre, me he hecho esclavo de todos, para ganar a todos los que pueda. <sup>22</sup> Me he hecho débil

con los débiles, para ganar a los débiles. He tratado de adaptarme lo más posible a todos, para salvar como sea a algunos.<sup>23</sup> Y todo esto lo hago por el Evangelio, del cual espero participar.

➔ Dos son los pensamientos que aparecen en este fragmento de la primera Carta a los Corintios. El primero es la obligación que siente Pablo de «*anunciar el Evangelio*»: ¡pobre de mí si no lo anunciara! (v. 16). Es un encargo que le ha sido confiado y que debe llevar adelante del mismo modo que un siervo sigue las órdenes del patrón. Y por ello no se le debe recompensa alguna. Lo que él añade como *extra* es procurarse él mismo su propio mantenimiento, aunque tenga derecho a recibir de los evangelizados lo que le es necesario para vivir.

El segundo pensamiento tiene que ver con el *modo* como Pablo predica el Evangelio: se ha adaptado lo más posible a todos (v. 22); más aún, se ha hecho esclavo de todos (v. 19), renunciando a su propia libertad, a fin de ganarlos para el Evangelio: «*débil con los débiles*». En el fragmento omitido por el leccionario, el apóstol añade que se ha hecho judío con los judíos y, con otras palabras, griego con los griegos, a fin de ganar a todos para Cristo (vv. 20ss). De este modo, se convierte en el modelo de todo misionero llamado por Dios a evangelizar.

## Evangelio: Marcos 16,15-20

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once<sup>15</sup> y les dijo:

–Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura.<sup>16</sup> El que crea y se bautice se salvará, pero el que no crea se condenará.<sup>17</sup> A los que crean les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas,<sup>18</sup> agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.

<sup>19</sup> Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios.

<sup>20</sup> Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban.

➡ También en esta lectura son dos los elementos puestos de relieve. El primero es, naturalmente, el mandamiento que da Cristo a toda la Iglesia (no sólo a los apóstoles en sentido estricto): id, predicad, entregad la fe, bautizad, llevad la salvación de Dios a toda criatura. El otro elemento es éste: Jesús *«fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Ellos salieron a predicar por todas partes»* (vv. 19b-20). La frase conclusiva del evangelio de Marcos expresa la prontitud con la que los Once acogieron el mandato, hasta el punto de verlo ya realizado incluso en su fase final.

Sin embargo, lo más sorprendente es lo que sigue: el Jesús asumido al cielo, el Señor, en realidad se ha quedado con ellos, se convierte en su cooperador, confirmando su palabra con prodigios: así, expulsan demonios, curan a los enfermos y no les hacen mal los venenos (vv. 17ss). También es consolador para los evangelizadores de hoy saber que el Señor camina junto a ellos y que pueden contar con su omnipotencia para vencer a los demonios y todo mal.

## MEDITATIO

Francisco Javier se quedaría, a buen seguro, de piedra al ver que hoy ninguna parte del mundo dista más de treinta horas de vuelo de otra y que la comunicación telemática es prácticamente instantánea, siendo que él tenía que viajar durante meses sólo para desplazarse de una ciudad a otra de la India y que recibía una carta al año de su superior san Ignacio. Ahora bien, tras esa primera impresión, y con la tenacidad que le caracterizaba, unida a sus modales tan amables, probablemente nos

recordaría nuestro primer compromiso como cristianos: la difusión del Evangelio.

En un mundo donde los ídolos del dinero y del poder encuentran cada día a personas dispuestas a matar y a morir, ¿estamos nosotros preocupados de verdad por dar testimonio del Evangelio con nuestra vida? ¿Es importante para nosotros que todos puedan saborear la Buena Noticia? ¿Estamos animados, como el santo misionero jesuita cuya memoria celebramos hoy, por el deseo irrefrenable de dar a conocer a Cristo Salvador en los lugares donde transcurren nuestros días, en el trabajo, en la escuela, en la familia, en el mundo? Se trata de una tarea difícil, pues nuestra fe se muestra a menudo débil frente al miedo de vernos ridiculizados en público por nuestro vivir, que ya no está de moda.

Francisco Javier tampoco nació santo, también él estuvo marcado como nosotros por el pecado, y su santa obra en la difícil tierra asiática no estuvo, ciertamente, exenta de errores. Sin embargo, Francisco se dejó iluminar por el Espíritu Santo, permitió a Cristo habitar en su corazón inquieto y fue conducido por Dios Padre por los caminos del mundo, sintiéndose capaz de todo «*en aquel que me da la fuerza*». Nuestra fe, a menudo tan opaca y apagada, recibe brillantez y pasión de la figura y el ejemplo de este santo, que nos incita a convertir nuestra vida en un testimonio viviente de la Buena Noticia: Dios, que lo puede todo, nos llama a ser sus hijos.

## ORATIO

Os ruego, ángel bienamado a cuya custodia he sido confiado, que estéis siempre dispuesto a socorrerme. Presentad mis oraciones al oído misericordioso de Dios, nuestro Señor. Que él me conceda, por vuestra mediación, la gracia de hacer el bien y de perseverar hasta el

fin. Alejad de mí, por la fuerza de Dios omnipotente, toda tentación de Satanás, y que lo que no merecen mis acciones, viciadas siempre por algún mal, me lo obtengan vuestras plegarias ante Dios. Y que cuando esta vida haya llegado a su término, no permitáis que los demonios me aferren ni me dejéis caer en la desesperación. No me dejéis sin haberme conducido a la visión beatífica de Dios, para gozarme siempre con vos, con la bienaventurada María, Madre de Dios, y con todos los santos. Amén.

### CONTEMPLATIO

Me he debatido en muchos peligros durante esta travesía [...]. He visto derramar muchas lágrimas a bordo. Dios nuestro Señor quería someternos a prueba a través de estos peligros, demostrarnos que por nuestra parte somos impotentes si confiamos sólo en nuestras fuerzas o si basamos nuestra confianza en las cosas terrenas, y demostrarnos también todo nuestro poder cuando, abandonando fatuas esperanzas, nos dirigimos con fe al Creador del mundo, que nos hace fuertes, hasta el punto de poder hacer frente a los peligros a los que su amor nos ha expuesto.

Los que se encuentran frente a tales peligros y los afrontan en su nombre se dan cuenta, sin el menor asomo de duda, de que todo lo creado obedece al Creador y saben que el consuelo divino en esos momentos es mayor que el temor a la muerte, pues la vida del hombre debe tener también un fin. Cuando los temores y los peligros han pasado, no es posible describir los momentos vividos, aunque queda el recuerdo de que no podremos dejar de servir a tal maestro, ni en el presente ni en el futuro, esperando que el Señor, cuya misericordia no conoce límites, nos dé siempre la fuerza de servirle (J. Brodrick, *San Francesco Saverio*, Parma 1961, p. 211 [edición española: *San Francisco Javier*, Espasa-Calpe, Madrid, s.f.).

## ACTIO

Repite a menudo y vive hoy la Palabra:

«*Todo lo puedo en aquel que me da fuerza*» (Flp 4,13).

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pero la respuesta raramente resulta difícil al primer llamamiento. La dificultad llega más tarde, cuando los errores, el cansancio, los fracasos y el decaimiento han invadido el alma del apóstol. Se había disparado como una flecha: «Vais a ver lo que vais a ver. Ellos (los viejos) no comprendieron nada». Pero un día, como el profeta Elías, se comienza a murmurar: «Basta, Yavé! Lleva ya mi alma, que no soy mejor que mis padres» (1 Re 19,4). [...] Al apóstol le sucede lo mismo que al profeta: su verdadera respuesta, su verdadero compromiso, no vienen sino en un segundo tiempo. [...]

[...] Lejos de ser una contraindicación, la prueba del acerbo descubrimiento de nuestra incapacidad fundamental constituye el auténtico punto de partida: lo anterior no había sido más que un galope de ensayo, cuyo aspecto brillante ocultaba su fragilidad. Dios tiene su método, y raramente lo cambia. [...]

Es capital para los apóstoles comprender la necesidad de esta purificación: Dios prende en nosotros una llama, pero es preciso que ésta consuma primero lo más humano de cuanto hay en nosotros, nuestras atracciones, nuestra naturaleza, nuestras inclinaciones. No es que la naturaleza y la inclinación de nuestras actitudes sean malas; Dios elige a sus servidores y los califica, pero es necesario que todo eso desaparezca en una alquimia misteriosa hasta tener como único motivo de acción el llamamiento de Dios, que envía: «*In nomine Domini*» (la divisa de Pablo VI) (J. Loew, *Perfil del apóstol de hoy*, Verbo Divino, Estella <sup>3</sup>1969, pp. 32-34, *passim*).

# San Ambrosio

7 de diciembre

Ambrosio, miembro de una noble familia cristiana de origen romano, nació en Tréveris (en la antigua Galia) en torno a los años 337-339. Tras la muerte de su padre, fue a Roma y se dedicó con pasión a los estudios e ingresó en la administración pública. Hacia el año 370, fue enviado a Milán, donde, a la muerte del obispo arriano Ausencio, se habían encendido ásperos tumultos por el nombramiento del sucesor. La obra de pacificación de Ambrosio fue tan persuasiva que fue aclamado obispo por todo el pueblo, tanto por los católicos como por los arrianos. Siendo todavía catecúmeno, recibió el bautismo, y una semana más tarde, la consagración episcopal: era el año 374.

Como pastor ejemplar, se mostró incansable a la hora de alimentar al rebaño con el pan de la Palabra de Dios, asiduo en la atención a la liturgia, indómito en la defensa de la libertad de la Iglesia. Figura entre los grandes doctores de la Iglesia de Occidente. Murió en Milán el año 397.

## LECTIO

**Primera lectura: Eclesiástico 44,16-17.19-20.23;  
45,1-4.15ss**

<sup>44.16</sup> Enoc agradó al Señor y fue arrebatado, ejemplo perpetuo de conversión.

<sup>17</sup> Noé fue íntegro y justo,  
y en el tiempo de la ira fue preservado:  
gracias a él quedó en la tierra un resto,  
cuando se desencadenó el diluvio.

<sup>19</sup> Abrahán fue ilustre padre de muchos pueblos,  
y no hubo quien lo superara.

<sup>20</sup> Observó la ley del Altísimo e hizo alianza con él;  
en su carne selló esta alianza, y en la prueba se mostró fiel.

<sup>23</sup> La bendición de todos los hombres y la alianza  
las hizo descansar sobre la cabeza de Jacob;  
lo confirmó en sus bendiciones, le dio la tierra en herencia,  
la dividió en porciones y la repartió entre las doce tribus.

<sup>45.1</sup> Hizo salir de Israel un hombre de bien  
que alcanzó el favor de todos,  
amado de Dios y de los hombres:  
Moisés, de bendita memoria.

<sup>2</sup> Le dio gloria semejante a los santos,  
y para terror de los enemigos lo hizo fuerte.

<sup>3</sup> Con sus palabras hizo cesar los prodigios,  
y lo glorificó en presencia de los reyes,  
le dio mandamientos para su pueblo  
y le dejó ver algo de su gloria.

<sup>4</sup> Lo consagró por su fidelidad y su humildad,  
y lo escogió entre todos los vivientes;

<sup>15</sup> Moisés lo consagró  
ungüéndolo con el óleo santo.  
Ésta fue una alianza eterna para él,  
y para su descendencia mientras dure el cielo:  
presidirá el culto, ejercerá el sacerdocio  
y bendecirá al pueblo en nombre del Señor.

<sup>16</sup> Lo escogió entre todos los vivientes,  
para ofrecer el sacrificio al Señor,  
el incienso y el aroma como memorial,  
y para hacer la expiación por el pueblo.

➤ La segunda parte del libro del Eclesiástico, o Sirá-  
cida, de donde está tomada la primera lectura de la li-  
turgia de hoy, es una contemplación admirada de la glo-  
ria de Dios, que se vuelve manifiesta en las maravillas  
de la naturaleza y todavía más en la historia sagrada.



El autor recorre las etapas fundamentales del largo camino realizado por el pueblo elegido obedeciendo a un misterioso designio divino, y lo hace reevocando las grandes figuras del Antiguo Testamento, desde Enoc hasta Nehemías. De ahí resulta un apasionado «*elogio de los hombres ilustres, de nuestros antepasados por generaciones*», pero al mismo tiempo también –y tal vez todavía más– una exaltación del «*Dios de nuestros Padres*», admirable en sus santos.

La breve perícopa bíblica, construida con una sabia selección de versículos significativos, recoge –tras una breve alusión a Enoc (44,16)– los rasgos más característicos de los grandes patriarcas, como Noé (44,17), Abraham (44,20), Jacob (44,23), Moisés (45,1-4) y Aarón (45,15ss), y los funde para definir la figura completa de un «*hombre de Dios*» ideal.

## **Evangelio: Juan 10,11-18**

En aquel tiempo, dijo Jesús: <sup>11</sup> Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; <sup>12</sup> no como el asalariado, que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa. <sup>13</sup> El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. <sup>14</sup> Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, <sup>15</sup> lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. <sup>16</sup> Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

<sup>17</sup> El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. <sup>18</sup> Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Ésta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre.

➔ El pasaje del buen pastor (10,21) está colocado, en el evangelio de Juan, en la magna sección que va desde 7,1 a 10,42. Jesús está en Jerusalén para la fiesta de las Chozas, y en el templo, corazón del judaísmo, revela su identidad (7,37–8,59), manifiesta las obras de Dios con la curación del ciego de nacimiento (capítulo 9) y se declara mediador y verdadero guía de Israel.

Jesús se sirve de la imagen del buen pastor para desvelar su identidad mesiánica. Esta imagen, que recoge una serie de riquísimas y sugestivas resonancias bíblicas, nos ayuda a comprender la naturaleza de la relación entre Dios y su pueblo. Baste aquí con traer a la memoria los grandes oráculos de los profetas Ezequiel y Jeremías, las bellísimas composiciones en forma de salmo entre las que sobresale el Sal 22, así como la definitiva revelación apocalíptica del Cordero-Pastor. El pacto de alianza entre YHWH, el Dios único, e Israel, su pueblo, entre Cristo y la Iglesia, entre el «Esposo» (el Espíritu) y el alma, se configura como una relación de amor que es conocimiento, pertenencia recíproca, comunión, fidelidad, ternura, seguimiento, entrega de nosotros mismos hasta el sacrificio de nuestra propia vida...

La descripción podría continuar sin jamás agotar la serie: es imposible encerrar en los límites de las pobres palabras humanas el misterio del amor infinito de Dios. Sólo Cristo, el Verbo hecho carne, la poderosa Palabra divina aniquilada en el silencio de la muerte, lo ha revelado, puesto que *«Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él»* (1 Jn 4,9).

## MEDITATIO

Jesús es el buen pastor, el único: sólo él apacienta el rebaño, pero lo hace personificándose en cada pastor

(Agustín de Hipona). Ambrosio constituye, indudablemente, una de las más luminosas imágenes de Cristo por su incansable entrega pastoral. Él, que con impulso apasionado irrumpe con el arrollador «Cristo es todo para nosotros», no vacila en dirigirse a sus fieles exclamando: «Vosotros lo sois todo para nosotros». Totalidad de un amor que abarca, sin distinciones, a Cristo y a la Iglesia, la Cabeza y los miembros: un único cuerpo místico.

Ambrosio ha contemplado el misterio de la Iglesia con una inteligencia de fe y de amor, y la ha visto bella en las almas, santa en la asamblea reunida en oración, fuerte en los mártires, resplandeciente de gracia en las vírgenes, revestida de humildad y debilidad en los pobres y en los pecadores. Y así la ha amado, con los mismos sentimientos de Cristo, y se «ha dado a sí mismo por ella, para santificarla y presentársela a sí mismo, el único Esposo, como virgen casta», íntegra en la fe, inmaculada en la caridad, libre de todo vínculo mundano.

Fiel imagen del buen pastor, se mostró implacable y firme en defender el rebaño de los asaltos de la herejía, de la inmoralidad pagana y de todo tipo de tiranía, pero al mismo tiempo supo mostrarse como un padre tiernísimo, humilde y sencillo, atento y paciente sobre todo con las ovejas débiles y descarriadas. Su caridad pastoral todavía resplandece en la historia de la espiritualidad cristiana con el rostro benigno de la misericordia.

Concédeme, Señor, la gracia de compartir con una comunión íntima el dolor de los pecadores: ésta es la virtud más elevada. Cada vez que se trate del pecado de quien ha caído, concédeme experimentar compasión, no reprocharle de manera altanera, sino gemir y llorar con él de suerte que sufra por otro y llore por mí mismo.

## ORATIO

En Cristo lo tenemos todo.

Somos todos del Señor y Cristo es todo para nosotros:  
si deseas sanar tus heridas, él es médico;

si estás angustiado por la sed de la fiebre, él es fuente;

si te encuentras oprimido por la culpa, él es justicia;

si tienes necesidad de ayuda, él es poder;

si tienes miedo de la muerte, él es vida;

si deseas el paraíso, él es vía;

si aborreces las tinieblas, él es luz;

si andas en busca de comida, él es alimento.

(Ambrosio de Milán, «Sobre la virginidad» 99.)

## CONTEMPLATIO

Bebe primero el Antiguo Testamento, para beber también después el Nuevo Testamento [...]. Bebe los dos cálices, el del Antiguo y el del Nuevo Testamento, porque en ambos bebes a Cristo. Bebe a Cristo, que es la vid; bebe a Cristo, que es la roca de donde ha brotado el agua. Bebe a Cristo, que es la fuente de vida; bebe a Cristo, que es el río cuya corriente fecunda la ciudad de Dios; bebe a Cristo, que es la paz; bebe a Cristo, que es el vientre de donde brotan veneros de agua viva; bebe a Cristo para beber su discurso. Su discurso es el Antiguo Testamento, su discurso es el Nuevo Testamento. La Escritura divina se bebe, la Escritura divina se devora, cuando el jugo de la palabra eterna desciende a las venas de la mente y a las energías del alma (Ambrosio de Milán, *Comentario al salmo 1*).

Yo te esperaba, Señor Jesús, y por fin has llegado; has dirigido mis pasos con el Evangelio, has infundido en mi boca un canto nuevo: el Nuevo Testamento (Ambrosio de Milán, «Comentario al salmo XXXIX», 3).

## ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día esta frase de san Ambrosio:

«Cristo es todo para nosotros».

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Por encima de su rica aportación doctrinal, Ambrosio fue sobre todo pastor y guía espiritual. Sus orientaciones de vida nos ayudan también a caminar con más soltura hacia el objetivo que he señalado como prioritario en la celebración del primer año de preparación para el tercer milenio: el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos. Al respecto, escribí: «Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración cada vez más intensa y de solidaria acogida del prójimo».

En función de este exigente ideal de perfección, al que todos estamos llamados, deseo detenerme ahora específicamente a reflexionar sobre la enseñanza espiritual del obispo de Milán.

Para ilustrar el camino espiritual propuesto a la Iglesia y a cada cristiano, san Ambrosio recurre a las ricas imágenes que nos brinda el Cantar de los cantares: en el amor de los dos esposos ve representado tanto el matrimonio de Cristo con la Iglesia como la unión del alma con Dios. Dos escritos dedicó, en particular, a este tema: la amplia *Expositio psalmi CXVIII* y el breve tratado *De Isaac vel anima*. En el primero, comentando en íntima relación el salmo 118, con su prolongada meditación sobre la Ley de Dios, y amplios pasajes del Cantar de los cantares, el obispo enseña que la mística de la unión sponsal con Dios debe ser preparada por la disciplina de una vida virtuosa y que, al mismo tiempo, el compromiso moral del cristiano no es algo cerrado en sí mismo, sino que tiene como finalidad el encuentro místico con Dios (*Carta apostólica del sumo pontífice Juan Pablo II en el XVI centenario de la muerte de san Ambrosio*, IV, 23-24).

# Nuestra Señora de Guadalupe

12 de diciembre

En 1531, una *Señora del Cielo* se apareció a un pobre indio en un cerro al noroeste de la actual ciudad de México; se identificó como la Madre del verdadero Dios, le encargó que hiciera que el obispo construyera un templo en ese lugar y dejó una imagen de sí misma milagrosamente impresa en su tilma, un tejido de cactus.

En 1999, el papa Juan Pablo II, en su homilía durante la misa solemne en la basílica de Guadalupe, en su tercera visita al santuario, declaró la fecha del 12 de diciembre con el rango litúrgico de fiesta para todo el continente de las Américas.

## LECTIO

### Primera lectura: Isaías 7,10-14

<sup>10</sup> El Señor se dirigió otra vez a Acaz y le dijo: <sup>11</sup> «Pide al Señor, tu Dios, una señal, aunque sea en las profundidades del abismo o en las alturas del cielo». <sup>12</sup> Acaz respondió: «No la pediré, no quiero tentar al Señor». <sup>13</sup> Isaías dijo: Escuchad, pues, casa de David: ¿os parece poco cansar a los hombres, para que queráis también cansar a mi Dios? <sup>14</sup> El Señor mismo os dará una señal. Mirad: la virgen encinta da a luz un hijo, a quien ella pondrá el nombre de Emanuel.

➔ En unas circunstancias históricas en las que el reino de David está amenazado por la invasión de otros reyes ajenos, Dios quiere intervenir, pero Ajaz prefiere prescindir de esa ayuda. Entonces Dios mismo toma la iniciativa y, a través del profeta Isaías, anuncia una señal de esperanza: un niño, que nacerá de una joven, heredará y salvará la dinastía davídica. Ciertamente, es un pequeño signo que exige fe. ¿Qué puede significar un niño frágil frente a los ejércitos que avanzan?

La interpretación cristiana ha tomado siempre a la joven-virgen como María, y al niño Emmanuel, el Dios con nosotros, como Jesucristo. Él es el Salvador!

## Segunda lectura: Gálatas 4,4-7

<sup>4</sup> Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, <sup>5</sup> para que redimiésemos a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la condición de hijos adoptivos. <sup>6</sup> Y como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre! <sup>7</sup> De suerte que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por la gracia de Dios.

➔ Pablo ve realizada en María y Jesús la promesa hecha a Acaz en tiempos de Isaías. La venida de Jesús al mundo ha señalado la plenitud del tiempo y ha cumplido las antiguas promesas. Dios tuvo la iniciativa de enviar a su Hijo, nacido de una mujer, y así el hombre ha sido elevado de nuevo a la dignidad de hijo.

Pablo, con las figuras domésticas de una familia y su servidumbre, nos revela el auténtico sentido de la vida y la posibilidad que tenemos de llegar a ser hijos adoptivos del mismo Padre. No siervos, sino libres, con la libertad de los hijos de Dios. Además, con la confianza

que inspira el Espíritu Santo para poder llamarle a Dios «papá».

Y la mujer elegida como instrumento privilegiado para todo este proyecto divino fue María.

### **Evangelio: Lucas 1,39-48**

<sup>39</sup> Unos días después, María se dirigió presurosa a la montaña, a una ciudad de Judá. <sup>40</sup> Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. <sup>41</sup> Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. <sup>42</sup> Y dijo alzando la voz: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! <sup>43</sup> ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí? <sup>44</sup> Tan pronto como tu saludo sonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno. <sup>45</sup> ¡Dichosa tú, que has creído que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor!». <sup>46</sup> María dijo: «Mi alma glorifica al Señor <sup>47</sup> y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador, <sup>48</sup> porque se ha fijado en la humilde condición de su esclava. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones.

➔ Se nos narra aquí el prodigioso y feliz encuentro entre dos madres y sus hijos en la montaña de Judá, encuentro que se repetirá en la historia de María y Juan Diego en el cerro Tepeyac de México. María, desde Nazaret, hizo la primera marcha misionera. Había sido visitada por Dios y va a encontrarse con Isabel. Ambas han sido llamadas para dar vida. Dios ha entrado en sus vidas, y se regocijan, y se lo comunican.

La fuente del gozo de cada una es el Espíritu. Increíble, pero cierto. Cuando Dios visita, llena de vida a quien lo recibe. Con su llegada, se hace posible lo imposible, la esterilidad se vuelve fecunda, lo que en la persona y en el mundo era improductivo, como tierra sin cultivar o rosal sin florecer, se vuelve vida, bendición, y despierta vida en otros. Dios ha entrado en nuestra historia y la hace dichosa de generación en generación.



## MEDITATIO

El elogio de Isabel a María nos invita a reflexionar sobre nuestra fe. La fe de María se caracteriza por su adhesión al proyecto de Dios. Ella quiere lo que quiere Dios. El misterio de Dios se oculta en aquel niño de la promesa. Fiándose, ha comenzado a constatar cómo Dios es fiel en realizar su promesa. También esto es cierto para nosotros: si no creemos, no experimentaremos nunca cómo el don de Dios, misteriosamente, puede ir formándose en nosotros.

La fe de María se manifiesta también en el hecho de ir a visitar a Isabel; no tanto por si necesita ayuda en su embarazo, sino, sobre todo, para contemplar lo que Dios está haciendo en los otros. ¡Cuánto debemos asimilar nosotros de esta actitud! Debemos abrir más los ojos y mirar en lo profundo de los demás para ver y reconocer lo que Dios hace en la historia de los demás. Si acudimos a Tepeyac, que no sea por mera curiosidad, sino para contemplar la bondad de Dios realizada en el encuentro de Juan Dieguito y la Señora del Cielo.

María y su prima Isabel tienen esto en común: saben dialogar sobre lo que Dios hace en ellas. Ninguna habla de sí misma, sino de lo que Dios ha hecho en la otra. Ese reconocimiento las lleva al grandioso himno del *Magnificat*.

La fe de María nos exhorta a insertarnos en el clima propio de los pobres de Yavé, es decir de las personas humildes y sencillas que se fían de Dios, aceptan su voluntad y cumplen su Palabra.

## ORATIO

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

## CONTEMPLATIO

La misión maternal de María hacia los hombres no oscurece ni disminuye de ninguna manera la única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la bienaventurada Virgen en favor de los hombres nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedir la, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo.

La bienaventurada Virgen, predestinada, junto con la Encarnación del Verbo, desde toda la eternidad, cual Madre de Dios, por designio de la divina providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del Divino Redentor y, de forma singular, la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor.

Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación y lo mantuvo sin vacilación al pie de la cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación.

Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de abogada, auxiliadora, socorro, mediadora.

La Iglesia no duda en atribuir a María ese oficio subordinado: lo experimenta continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles para que, apoyados en

esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador (Del Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 60-62).

## ACTIO

Repite hoy con frecuencia:

*¡María, bendita eres entre todas las mujeres!*

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

*Cómo sucedió la aparición de la Virgen en Guadalupe (escrito del indio Nican Mopohua, del siglo XVII):*

Un sábado de 1531, a principios de diciembre, un indio llamado Juan Diego iba muy de madrugada del pueblo en el que residía a la ciudad de México a asistir a clase de catecismo y a oír la santa misa. Al llegar junto al cerro llamado Tepeyac amanecía, y escuchó que le llamaban desde arriba del cerro diciendo: «Juanito, Juan Dieguito».

Él subió a la cumbre y vio a una Señora de sobrehumana belleza, cuyo vestido era brillante como el sol, la cual, con palabras muy amables y atentas, le dijo: «Juanito, el más pequeño de mis hijos, yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, por quien se vive. Deseo vivamente que se me construya aquí un templo, para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a todos los amadores míos que me invoquen y en mí confíen. Vas donde el señor obispo y le manifiestas que deseo un templo en este llano. Anda y pon en ello todo tu esfuerzo».

Él se arrodilló y le dijo: «Señora mía, voy corriendo a cumplir lo que me has mandado. Yo soy tu humilde siervo». Y se fue de prisa a la ciudad y en derecha al palacio del obispo, que era fray Juan de Zumárraga, religioso franciscano. Cuando el obispo oyó lo que le decía el indiecito Juan Diego, no le creyó. Solamente le dijo: «Vienes otro día y te oiré despacio».

Juan Diego se volvió muy triste, porque no había logrado que se realizara su mensaje. Se fue derecho a la cumbre del cerro y encontró allí a la Señora del Cielo, que le estaba aguardando. Al verla, se arrodilló delante de ella y le dijo: «Señora, la más pequeña de mis hijas, niña mía, expuse tu mensaje al señor obispo, pero parece que no lo tuvo por cierto. Comprendí por la respuesta que me dio que pensó que quizás es una invención mía que tú quieres que te hagan aquí un templo, y que eso no es una orden tuya. Por lo cual te ruego que le encargues a alguno de los principales que le lleve tu mensaje, para que le crean, porque yo soy un pobre hombrecillo, el último de todos. Perdóname que te cause esta gran pesadumbre, señora y dueña mía».

Ella le respondió: «Oye, hijo mío, el más pequeñito, es preciso que tú mismo solicites y ayudes a que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, hijo mío, y aún te mando, que otra vez vayas mañana a ver al señor obispo. Dile que yo en persona, la siempre Virgen María, Madre de Dios, te envía, para hacerle saber mi voluntad: que deben hacer aquí el templo que les pido».

Pero, al día siguiente, el obispo tampoco le creyó a Juan Diego y le dijo que era necesaria alguna señal maravillosa para que se pudiera creer que era cierto que lo enviaba la misma Señora del Cielo. Y lo despidió.

El lunes, Juan Diego no volvió al sitio donde se le aparecía nuestra Señora, porque su tío Bernardino se puso muy grave y le rogó que fuera a la capital y le llevara un sacerdote para confesarse. Él dio la vuelta por otro lado del Tepeyac, para que no lo detuviera la Señora del Cielo y así pudiera llegar más pronto a la capital. Mas ella le salió al encuentro en el camino por donde iba y le dijo: «Ten entendido, hijo mío, el más pequeño, que no es tan importante lo que te asusta y aflige. No se entristezca tu corazón ni te llenes de angustia. ¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿Acaso no soy tu ayuda y protección? No te aflijas por la enfermedad de tu tío, que en ese momento ha quedado sano. Sube ahora a la cumbre del cerro y hallarás distintas flores. Córtalas y tráelas».

Juan Diego subió a la cumbre del cerro y se asombró muchísimo al ver tantas y exquisitas rosas de Castilla, pues era aquel un tiempo de mucho hielo, en el que no aparece rosa alguna por

allí, y menos en esos pedregales. Llenó su poncho o larga ruana blanca con todas aquellas bellísimas rosas y se presentó a la Señora del Cielo. Ella le dijo: «Hijo mío, ésta es la prueba que llevarás de parte mía al señor obispo. Te considero mi embajador, muy digno de mi confianza. Ahora te ordeno que sólo delante del señor obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado, con objeto de que se construya el templo que he pedido».

Juan Diego se puso en camino, ya contento y seguro de salir bien. Al llegar a la presencia del obispo, le dijo: «Señor, hice lo que me mandaste hacer: pedí a la Señora del Cielo una señal. Ella aceptó. Me despachó a la cumbre del cerro y me mandó cortar allá unas rosas y me dijo que te las trajera. Así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad. Helas aquí».

Desenvolvió luego su blanca manta y, así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la Virgen María, Madre de Dios, tal cual se venera hoy en el templo de Guadalupe en Tepeyac.

# Santa Lucía

13 de diciembre

Santa Lucía, originaria de Siracusa, vivió entre finales del siglo III (nació alrededor del año 286) y comienzos del IV. El descubrimiento, en 1894, de una inscripción griega en la catacumba de San Juan de la misma ciudad demuestra que la devoción por la santa y su fiesta litúrgica estaban difundidas ya a finales del siglo IV. Su martirio, acaecido durante la persecución de Diocleciano, ha sido cantado en la célebre *Pasión*, que, siguiendo los estereotipos propios de la tradición hagiográfica, reconstruye la vida de Lucía, una virgen testigo de lo absoluto de Dios. Su nombre fue introducido, tal vez por obra de san Gregorio Magno, en el canon romano.

## LECTIO

### **Primera lectura: 2 Corintios 10,17–11,2**

Hermanos: <sup>10,17</sup> Pues *el que quiera presumir, que lo haga en el Señor.* <sup>18</sup> Porque no es quien se alaba a sí mismo el que es aceptado como justo, sino aquel a quien alaba el Señor.

<sup>11,1</sup> ¡Ojalá me disculpéis si desvarió un poco! Estoy seguro de que lo haréis, <sup>2</sup> pues mis celos por vosotros son celos a lo divino, ya que os he desposado con un solo marido, presentándoos a Cristo como si fuerais una virgen casta.

➔ Las adversidades que encontró Pablo durante su ministerio entre los corintios reciben, en el fragmento que nos propone la liturgia de hoy, una respuesta adecuada. El apóstol, apoyándose en su arraigo en Dios y en su voluntad, tiene razones válidas para presumir (vv. 17ss) y defenderse de las acusaciones de algunos calumniadores presentes en la comunidad de Corinto (cf. 2 Cor 2,2.5; 7,12).

Animado por los mismos sentimientos de Dios, Pablo no vacila en presentarse como privado de sentido común –hasta el punto de que es él mismo quien hace su propio elogio–, a fin de impedir que los cristianos de la comunidad engendrada por él en la fe se alejen del Evangelio.

El apóstol se presenta como el amigo del esposo (cf. Jn 3,29) que debe ocuparse de la tarea de presentarle a la esposa prometida. La alegoría nupcial, empleada ya otras veces en el Antiguo Testamento (cf. Os 2,21; Is 54,5ss; 62,5; Jr 3,1; Ez 16,6-43) como imagen del intenso amor de YHWH por su pueblo, Jesús se la aplica a sí mismo (Mt 9,15) y es retomada por las cartas paulinas (cf. Ef 5,25-27) y por el Apocalipsis (Ap 21,2-9; 22,17). Se trata de la Iglesia-esposa, asamblea reunida y vivificada por el Espíritu, que está llamada a vivir en fidelidad su adhesión a Cristo-Esposo.

## Evangelio: Mateo 10,28-33

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <sup>28</sup> No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

<sup>29</sup> ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. <sup>30</sup> En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. <sup>31</sup> No temáis, vosotros valéis más que todos los pájaros.

<sup>32</sup> Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial, <sup>33</sup> pero a quien me niegue delante de los hombres yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

➔ El fragmento evangélico que la Iglesia nos propone hoy está situado en el interior del «discurso misionero» dirigido por Jesús a sus discípulos (Mt 10). Se trata de una reagrupación de dichos del Señor que el evangelista ha puesto por escrito, teniendo ante sus ojos la situación de persecución contra la Iglesia naciente, a la que el evangelista quiere acompañar y apoyar.

El recorrido de los seguidores del Maestro no será diferente del que el mismo Jesús ha realizado. En este camino, al discípulo se le pide una actitud de confianza total en Dios, que está al corriente y provee y que, a buen seguro, no le privará de su solicitud paterna (vv. 29ss). Al valor del discípulo que profese su fe en Cristo ante los hombres (v. 32), por encima de todo temor y aun a costa de perder su propia vida (v. 28), le corresponderá la defensa de Cristo ante el Padre en favor del que le ha sido fiel (v. 33).

## MEDITATIO

El valor para el testimonio y la confianza en Dios tienen su fuente en la experiencia transformadora, en nuestra historia, de su amor por nosotros. El descubrimiento personal de un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que envuelve nuestra existencia de misericordia y ternura nos impulsa a gritar a los hermanos el anuncio del Evangelio: Jesús es el Señor, enviado por el Padre, para darnos la vida eterna.

Ahora bien, la fe en él, fuente de alegría profunda y serena, será sometida a prueba continuamente: cuando vivir el amor nos pida pagar en persona; cuando se bur-



len de nosotros por nuestras opciones evangélicas, que van a contracorriente; cuando, ante el dolor y la desesperación, nos tienten la desconfianza y el miedo paralizador...

En todas las posibles situaciones de la vida, recordando la palabra del Señor, que nos repite: «*No tengáis miedo*», podremos abrirnos a la confianza plena en él, confesándole como el único Señor y Salvador de nuestra historia. Experimentaremos entonces que, al elegir pasar con él a través de la oscuridad de la muerte, compartiremos con él la vida verdadera de los hijos redimidos, miembros vivos de la Iglesia, su esposa.

Santa Lucía realizó, antes que nosotros, el recorrido de la fe y de la confianza hasta el final. A fin de permanecer fiel al Dios de nuestro Señor Jesucristo, no se sustrajo a la violencia de los perseguidores y padeció el martirio. El mismo Señor, hoy, la reconoce ante su Padre, y la Iglesia nos propone su testimonio de radicalidad evangélica como ejemplo y luz para nuestro camino.

## ORATIO

Señor, amante apasionado del hombre, fuente de vida y verdad, haz que yo me deje alcanzar y transformar por tu Palabra. Que tu Espíritu, que habita y ora en mí, me haga descubrirme como hijo amado y buscado, infunda en mi corazón la confianza de los niños y me sostenga en el camino.

En la hora de la prueba, cuando más fatigoso y arduo sea custodiar y dar testimonio de la fe y la esperanza, que sienta yo tu presencia y tu fuerza en mí y contigo, que eres el Resucitado, que viva yo también la victoria de la pascua.

## CONTEMPLATIO

Se cuenta que su madre la prometió a un joven apuesto de la ciudad, sin el consentimiento de ella. Su madre, Eutiquia, enfermó gravemente y la joven se dedicó rápidamente al cuidado de ella. Gracias al impulso de Lucía, las dos se dirigieron a un pequeño santuario donde se veneraba a santa Águeda, en la población de Catania, con la esperanza de que, por la intercesión de dicha santa, Eutiquia recuperase la salud. Postradas ante el sepulcro de santa Águeda, empezaron a suplicarle y rezarle durante varias horas hasta que, presa de fatiga, Lucía cayó en un profundo sueño, en el cual se le apareció santa Águeda, que le dijo: «Lucía, queridísima hermana, ¿por qué pides por intercesión de otra lo que tú misma, por la fe que tienes en Jesucristo, puedes obtener para tu madre? Has de saber que tu fe le ha dado la salud y que, así como Jesucristo ha hecho célebre a la ciudad de Catania por consideración a mí, de la misma manera hará célebre y gloriosa a la ciudad de Siracusa por tu causa, porque le has preparado una agradable morada en tu corazón virginal».

Al oír estas palabras, Lucía se despertó y vio llena de júbilo cómo su madre se recuperaba de la enfermedad que padecía. Eutiquia comprendió cuál era el camino que deseaba el Señor para su hija, y las dos regresaron a Siracusa con la intención de consagrarse a él y de distribuir sus bienes entre los pobres.

Denunciada como cristiana por su novio pagano, el cónsul Pascasio, fue condenada a permanecer en un prostíbulo.

–Tus palabras se acabarán cuando pasemos a los tormentos.

–A los siervos de Dios –respondió Lucía– no les pueden faltar las palabras, ya que les tiene dicho nuestro Señor Jesucristo: «No os preocupe cómo hablaréis cuan-

do seáis llevados ante los gobernadores y reyes, porque se os dará en esa hora lo que habéis de decir. No seréis vosotros los que habléis, sino que será el Espíritu Santo quien hable en vosotros».

–¿Crees, pues, que el Espíritu Santo está en ti y que es él quien te inspira lo que dices?

–Lo que yo creo es que los que viven piadosa y castamente son templos del Espíritu Santo.

Pascasio, sin comprender todo el alcance de estas palabras, le dijo:

–Pues yo te haré conducir a un lugar infame, para que te abandone el Espíritu Santo.

–Si por fuerza mandas que mi cuerpo sea profanado –respondió Lucía–, mi castidad será honrada con doble corona.

Dicen las actas del martirio que, cuando los soldados quisieron arrastrar a la santa para llevarla a un prostíbulo y de esta manera deshonorar su castidad, no pudieron, ya que una fuerza superior la retuvo inmóvil. Un potente tiro de cuatro bueyes no consiguió hacerla avanzar ni un paso hacia allí. Esto es lo que evoca un himno en el que se califica a la santa de «columna inamovible».

Ante tal fracaso, ensayaron un nuevo tormento y mandaron que allí mismo fuera cubierta de resina y rodeada de una gran hoguera. Ante tal bestialidad, a Lucía aún le sobraron fuerzas para decir:

–He rogado a mi Señor para que no me domine este fuego y he conseguido un aplazamiento a mi martirio.

Y, efectivamente, cuando las llamas desaparecieron, se pudo comprobar que Dios había realizado lo que Lucía predijo: el fuego no le había causado el menor daño.

La conmoción de las gentes fue enorme. Y al prefecto aún le entró más odio. Se acercaba el final de su combate. El prefecto mandó que su garganta fuera atravesada

por una espada. Era el 13 de diciembre del año 300, día que se celebra su onomástica (*De la leyenda de santa Lucía*, en [iglesiaendaimiel.com](http://iglesiaendaimiel.com)).

## ACTIO

Repite a menudo durante el día esta Palabra:

*«Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial» (Mt 10,32).*

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La virginidad que resplandece, junto con el martirio, en santa Lucía (como en Águeda, Cecilia, Inés, celebradas en las pasiones legendarias de los siglos V-VI) nos invita a captar el significado teológico de este tema, que, con Orígenes, ya se volvió relevante en el siglo III: la virginidad está puesta en el tercer lugar (después de los apóstoles y los mártires). En efecto, con la aparición y la expansión del monacato en el siglo IV, tras haber cesado la persecución, la virginidad, convirtiéndose en la forma más elevada posible de la vida cristiana, asume el reflejo de la luz heroica y competitiva atribuida al martirio. Si, para el cristiano, el martirio asume el valor cristológico de revelación del poder de Dios, que vence a través de la cruz de Cristo contra las potencias satánicas desencadenadas contra él y con la resurrección muestra la gloria de Dios, la virginidad, asociada al martirio, asume el significado de una réplica de la dinámica de la persecución que corresponde a la negación de la fe, y las torturas físicas forman una sola cosa con las tentaciones contra la castidad; hasta el punto de que a los dos tipos de pasión corresponden de manera idéntica resistencias prodigiosas, castigo de tentadores, maravilla de presentes.

En la conjunción de la virginidad con el martirio en una mujer joven como Lucía, la comunidad cristiana, a través de la pasión, ha conseguido superar la concepción de la mujer como

criatura débil y frágil; es esta fuerza misteriosa del Espíritu la que impide el desplazamiento de Lucía, a pesar de ser arrastrada por una yunta de bueyes, y supera la fortaleza de los hombres más poderosos. Esto hace pensar a los verdugos que se trata de maleficios misteriosos. «¿Cuál es la causa por la que una débil muchacha no puede ser desplazada cuando es tirada por mil hombres?», pregunta Pascasio a Lucía. Ella le respondió con estas palabras inspiradas: «Y si me enviaras a otros diez mil, que escuchen por mi voz al Espíritu Santo, que dice: "Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha" (Sal 90,7)» (E. Lodi, *I santi del Calendario romano*, Milán 1990, 669s. [edición española: *Los santos del calendario romano*, San Pablo, Madrid 1999]).

# San Juan de la Cruz

14 de diciembre

Juan de Yepes, hijo de Gonzalo de Yepes y de Catalina Álvarez, nació en Fontiveros (Ávila) en el año 1542. Tras una niñez llena de miseria, entró en 1563 en el Carmelo. En 1567, año de su ordenación sacerdotal, conoció a Teresa de Jesús en Medina del Campo y decidió seguirla en la fundación de la nueva familia del Carmelo. Fue primero carmelita descalzo en Duruelo, en 1568, y ocupó a continuación el cargo de maestro y formador. En 1572 lo reclamó Teresa para confesor del monasterio de la Encarnación del que era priora. Fue perseguido y encerrado, entre diciembre de 1577 y agosto de 1578, en la cárcel conventual de Toledo, donde realizó una fuerte experiencia del sufrimiento y de la «noche oscura». Tras salir de la cárcel, se incorporó a la vida de la naciente Reforma y ocupó el cargo de superior en Segovia. Murió en Úbeda el 14 de diciembre de 1591.

Fue canonizado por Benedicto XIII en 1726 y proclamado doctor de la Iglesia por Pío XI el 24 de agosto de 1926.

## LECTIO

### Primera lectura: 1 Corintios 2,1-10a

<sup>1</sup> En lo que a mí toca, hermanos, cuando vine a vuestra ciudad para anunciaros el designio de Dios, no lo hice con alardes de elocuencia o de sabiduría. <sup>2</sup> Pues nunca entre vosotros

me he preciado de conocer otra cosa sino a Jesucristo, y a éste crucificado. <sup>3</sup> Me presenté ante vosotros débil, asustado y temblando de miedo. <sup>4</sup> Mi palabra y mi predicación no consistieron en sabios y persuasivos discursos; fue más bien una demostración del poder del Espíritu, <sup>5</sup> para que vuestra fe se fundara no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios.

<sup>6</sup> Sin embargo, también nosotros tenemos una sabiduría para adultos en la fe, aunque no es una sabiduría de este mundo, ni de los poderes que gobiernan este mundo y están abocados a la destrucción. <sup>7</sup> De lo que hablamos es de una sabiduría divina, misteriosa, escondida; una sabiduría que Dios destinó para nuestra gloria antes de los siglos <sup>8</sup> y que ninguno de los poderosos de este mundo ha conocido, pues, de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria. <sup>9</sup> A nosotros, en cambio, como dice la Escritura: *lo que el ojo no vio, ni el oído oyó*, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tenerlo preparado para los que lo aman, <sup>10</sup> eso es lo que nos ha revelado Dios por medio de su Espíritu.

➔ Pablo nos ofrece en este fragmento, leído en su contexto global, la proclamación del «*mensaje de la cruz*». Por una parte, el apóstol se presenta como el mensajero de la cruz de Cristo ante las exigencias de sabiduría, que son las pretensiones de los griegos, y la petición de manifestaciones de poderes milagrosos que proponen los judíos. La cruz de Cristo es a los ojos de los hombres necedad y debilidad y, al mismo tiempo, la verdadera sabiduría y la fuerza poderosa del Evangelio.

Ahora bien, la cruz se convierte en sabiduría, revelación, camino necesario del conocimiento de Cristo y de la comunión con él. Es la ciencia de la cruz –*scientia crucis*– de la que habla Edith Stein, discípula de Juan de la Cruz; debilidad humana que abre el corazón a la revelación del Espíritu Santo, que sobrepasa en el amor de Dios la lógica del poder y de la ciencia, para abrirse a las sorpresas de Dios y saciar su sed en la «fuente secreta» más grande, la del Crucificado, que es plena revelación del amor del Padre y es poder de salvación y de revelación para todos.

Primero Pablo y después todos los místicos que han contemplado y vivido al Crucificado como cima de la sabiduría y de la fortaleza de Dios, son capaces de sondear, con nuevos sentidos espirituales, los secretos escondidos del Dios que se revela a los pobres. Estas palabras de la Escritura convienen también a Juan de la Cruz, contemplativo del misterio del Crucificado, asimilado a él en el sufrimiento de la noche oscura del espíritu.

### **Evangelio: Juan 15,9-17**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <sup>9</sup> Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. <sup>10</sup> Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. <sup>11</sup> Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

<sup>12</sup> Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. <sup>13</sup> Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. <sup>14</sup> Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. <sup>15</sup> En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

<sup>16</sup> No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. <sup>17</sup> Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

➔ La vida de los discípulos de Jesús es como una continuidad de la vida trinitaria. El amor del Padre a Jesús continúa en el amor de Jesús a los discípulos, como agua viva de la caridad trinitaria que desde el Padre por Cristo en el Espíritu llega a los corazones de los creyentes. Se trata de una caridad que, a modo de savia divina, une



la vid y los sarmientos y fluye como vínculo de comunión con Dios y con los hermanos. La invitación a permanecer en Cristo es condición para la comunión perfecta en su Palabra y en sus mandamientos, y lleva consigo los frutos de las obras y el don de la alegría.

En la rica serie de enseñanzas del fragmento joánico encontramos una síntesis de la vida cristiana con palabras-clave como el mandamiento del amor recíproco, hasta la entrega de la vida y la invitación a permanecer en Cristo observando sus mandamientos. Todo está envuelto por el sentido de la divina amistad que, en Jesús, supone compartir plenamente los secretos del Padre, por la conciencia de haber sido elegidos por parte de un amor gratuito, por la conciencia de tener que ser al mismo tiempo discípulos que permanecen unidos al Maestro y apóstoles que proclaman y realizan su mensaje.

Las resonancias de estas palabras en la figura de Juan de la Cruz son evidentes. El místico español cantó la dimensión trinitaria de la comunión con Dios como participación en la vida misma de la Trinidad. Como fiel discípulo de Jesús, Juan señala en el mandamiento del amor la síntesis de la vida cristiana: «Cuanto más crece este amor, tanto más crece el de Dios, y cuanto más el [de] Dios, tanto más este del prójimo; porque de lo que es en Dios es una misma la razón y una misma la causa» (*Subida al Monte Carmelo*, III, 23, 1).

## MEDITATIO

El nombre de Juan de la Cruz, tomado por el santo cuando optó por seguir el ideal de Teresa de Jesús, conviene bien a su experiencia y a su carisma. Estuvo marcado por la cruz desde niño, sufrió hambre y orfandad por la muerte prematura de su padre, junto a su madre, Catalina, que se vio obligada a dejar la casa de Fontiveros

para trasladarse a Medina del Campo. Aquí, nuestro santo, abierto a la vida y a la acción con su inteligencia y su capacidad práctica, ejerció muy pronto muchos oficios, y conoció el dolor de los enfermos trabajando de enfermero en el hospital local de las enfermedades infecciosas.

La cruz siguió a Juan en su opción por el Carmelo, en los primeros pasos de la incipiente reforma, forjando su carácter austero y decidido, aunque abriéndolo constantemente a lo esencial: la contemplación de Cristo crucificado, palabra definitiva del Padre, como el todo de la existencia. La contemplación de la cruz y del Crucificado abre de par en par su inteligencia y su corazón a la sabiduría, la poesía, el conocimiento sublime del misterio. Encerrado durante nueve meses en la cárcel conventual de Toledo, en unas condiciones humanas absolutamente precarias, privado de los sacramentos, conoció el abandono de Cristo en la cruz y participó de la «noche oscura» del dolor espiritual. Pero su corazón se abre aún a la luz de la sabiduría.

Muchas de sus poesías más sublimes nacieron como rayos de luz en medio de la oscuridad de esta prueba. La cruz le acompañará hasta el final de sus días, incluso en la persecución y el desprecio de sus hermanos. Ante una imagen de Cristo cargado con la cruz, expresa su deseo de «sufrir y ser despreciado» por el Señor. Sin embargo, la cruz abre horizontes infinitos de luz, permite recorrer al místico los senderos de la noche bienaventurada, como la noche de pascua en la que se unió con Cristo, y le prepara para la fiesta del Espíritu y para la sublime experiencia de la comunión trinitaria.

## ORATIO

¡Señor Dios, amado mío! Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz

en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos. Y si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbrame-las, y las penas que tú quisieras aceptar, y hágase [...] No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero.

Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu Padre.

Sal fuera y glóriate en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón (san Juan de la Cruz, «Oración del alma enamorada», en *Dichos de luz y amor*).

## CONTEMPLATIO

Decía san Juan de la Cruz que san Dionisio Areopagita escribió esa sentencia maravillosa que afirma: «La más divina de todas las obras divinas es cooperar con Dios en el bien de las almas», es decir, que la suprema perfección de cualquier ser en su jerarquía y en su grado es ascender y crecer, según su propio talento y sus propias capacidades, en la imitación de Dios y –lo que es más admirable y divino– en ser cooperadores de él en la conversión y en la redención de las almas. En efecto, en esto brillan las obras propias de Dios, que es gran gloria imitar, y por eso Cristo nuestro Señor las llamó obras del Padre, cuidados de su Padre [...].

Añadía que es una verdad evidente que la compasión con el prójimo crece más cuanto más se une el alma a Dios por amor. En efecto, cuanto más ama, más desea que este mismo amor sea amado y honrado por todos. Y cuanto más lo desea, más trabaja para ello, tanto en la oración como en todos los otros ejercicios necesarios que a ella le son posibles. Tanto es el fervor y la fuerza de su caridad que estos tales, poseídos por Dios, no se pueden restringir o contentar con su propia y sola ganancia; más aún, al parecerles poca cosa ir al cielo solos, buscan con ansias, afectos celestiales y diligencias exquisitas, conducir con ellos a muchos. Eso nace del gran amor que tienen por Dios y es fruto y efecto propio de la oración y la contemplación perfectas («Insegnamenti spirituali de san Giovanni della Croce», n. 10, en *Opere*, Roma 1963, pp. 1.152ss).

## ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día estas palabras de san Juan de la Cruz:

«*Y adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor...*» (carta n. 27 a la M. María de la Encarnación).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Juan de la Cruz es un enamorado de Dios. Trataba familiarmente con él, hablaba constantemente de él. Lo llevaba en el corazón y en los labios, porque constituía su verdadero tesoro, su mundo más real. Antes de proclamar y cantar el misterio de Dios, es su testigo; por eso habla de él con pasión y con dotes de persuasión no comunes: «Ponderaban los que le oían, que así hablaba de las cosas de Dios y de los misterios de nuestra fe, como si los viera con los ojos corporales». Gracias al don de la fe, los contenidos del misterio llegan a formar para el creyente un mundo vivo y real. El testigo anuncia lo que ha visto y oído,

lo que ha contemplado, a semejanza de los profetas y de los apóstoles (cf. 1 Jn 1,1-2).

Como ellos, el santo posee el don de la palabra eficaz y penetrante; no sólo por la capacidad de expresar y comunicar su experiencia en símbolos y poesías transidos de belleza y lirismo, sino por la exquisitez sapiencial de sus dichos de luz y amor, por su propensión a hablar «palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor», «de luz para el camino y de amor en el caminar».

La viveza y el realismo de la fe del doctor místico estriban en la referencia a los misterios centrales del cristianismo. Una persona contemporánea del santo afirma: «Entre los misterios que me parece tenía grande amor era al de la Santísima Trinidad y también al del Hijo de Dios humanado». Su fuente preferida para la contemplación de estos misterios era la Escritura, como tantas veces atestigua; en particular, el capítulo 17 del evangelio de san Juan, de cuyas palabras se hace eco: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3).

Teólogo y místico, hizo del misterio trinitario y de los misterios del Verbo Encarnado el eje de la vida espiritual y el cántico de su poesía. Descubre a Dios en las obras de la creación y en los hechos de la historia, porque lo busca y acoge con fe desde lo más íntimo de su ser: «El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora».

¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esa riqueza de contenidos y de vida? Sencillamente, dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega. El secreto de su riqueza y eficacia estriba en que la fe es la fuente de la vida teologal: fe, caridad, esperanza. «Estas tres virtudes teologales andan en uno».

Una de las aportaciones más valiosas de san Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teologal. En su magisterio escrito y oral centra su atención en la trilogía de la fe, la esperanza y el amor, que constituyen las actitudes originales de la existencia cristiana. En

todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teologales el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios.

La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios, vida de fe, contemplación cristiana. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas. Al dedicar el *Cántico espiritual* a Ana de Jesús, anota el autor: «Aunque a Vuestra Reverencia le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística que se sabe por amor en que no solamente se saben, mas juntamente se gustan». Cristo se les revela como el Amado; aún más, como el que ama con anterioridad, como canta el poema de «El pastorcico» (carta apostólica *Maestro en la fe*, en el IV centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, 8-10).